

XIII.

ALLÁN Á LA CONDESA DE SCUDEMOR.

«¡Oh, Iseult, Iseult! ¡La velada de ayer me ha hecho olvidar todos los sufrimientos anteriores! Esta velada ha debido desengañarnos á los dos. Vos me amáis, porque no habéis rechazado mis caricias; y esto es lo que yo me repito á cada momento, y eso es lo que ha colmado mi felicidad. ¡Habéis sido mía, Iseult, y no es posible que tal hubiera sucedido si no me amarais! Indudablemente confundíais la piedad con el amor. Cuando se ha sufrido tanto en otro tiempo, se procura disimular para no sufrir más por ese sentimiento; pero por más que se cierren los ojos, el sentimiento existe....

»Sí, tú me amas, puesto que has sido mía. ¡Mujer adorable! Tus pesares no han podido secar en ti la fuente del amor; te han atormentado, te han destrozado, pero ha permanecido sin gastarse, á pesar de que la creías agotada. Han abusado indignamente de lo que

había más celeste en los dones que Dios te había prodigado, pero no han podido conseguir que se concluyan las magnificencias de tu alma.

»En vano esos disipadores insensatos y crueles se imaginaban haberte despojado de los tesoros de ternura y de abnegación de que está lleno el corazón de las mujeres; en vano en tu orgullo castigado por el sufrimiento, creías no poder dar al que tanto te ama más que *el óbolo de la viuda* de tantas afecciones muertas, esa piedad que tantas veces has invocado.... Ignorabas, Iseult, qué fortuna tan colosal te restaba.... Yo, que he venido el último de todos, me formaré la copa en que beber la felicidad y el amor, con los restos del vaso de alabastro que ellos han destrozado, en los cuales queda impregnado un perfume tan suave, que parece compuesto de todas las flores de tu primavera.

»¡Cuánto he sufrido por tu culpa! Y, sin embargo, tú no eres de las que ocultan su pensamiento secreto, ó que le desmienten. Tu noble corazón se había negado á retener lo que el mundo te hubiera tal vez arrebatado, si no hubieras sido quien eras. Me has parecido siempre demasiado grande para no decir la verdad. Tus palabras respiraban la sinceridad de una amiga; pero, á pesar tuyo, eras otra

cosa para mí, y en un mismo día han debido desaparecer tus ilusiones y mis desconfianzas. Ese día, Iseult, no ha sido tu boca la que ha hablado. Soy tan débil ó es tan grande mi inesperada felicidad, que, ante tal inmensidad de dicha, te perdonaría el no haber sido sincera antes de tu abandono.

»Y tú, Iseult, ¿no eres también dichosa al encontrarte con tu juventud cuando la creías desvanecida? Para un alma como la tuya, envejecer es una palabra que no tiene sentido. ¿No te alegras, pues, en medio de tu desesperación de la víspera, de reconocerte inmortal?... ¡Noble goce! ¡Orgullo digno de ti! Cuando me decías que no eras más que la sombra de ti misma; cuando me asegurabas que la losa del sepulcro había caído sobre tu corazón helado, ¿no sentías un amargo pesar por la vida, un horror secreto por tu anonadamiento? ¿No llorabas por la antorcha apagada en medio de la oscuridad de las catacumbas en que vagabas al azar? ¿No conocías tú, la mujer fuerte é indomable, que á cada revés te elevabas más, y que los sufrimientos no te impedían el ofrecer de nuevo tu gran corazón, capaz de resistir las decepciones, las traiciones, las ingratitudes; no conocías, digo, que tu papel de heroína había acabado demasiado pronto, y que amar siempre era un destino

grande y hermoso, el destino que más admirablemente te convenía?

»No hagas caso de esos seres inquietos, porque son limitados y pequeños: déjalos en las agitaciones que les proporcionan sus diminutas miserias. Yo comprendo mejor el infinito, y puedes convencerte de ello. No; la virgen no vale lo que la mujer que se ha purificado en el ardiente crisol de las pasiones; no vale tanto como amor, ni aun como pudor. Cuando ama por centésima vez es cuando la mujer aparece más sublime. Eso es lo que tu amor me ha enseñado; eso es lo que me hace adorarte de rodillas. ¿No está escrito, amada de mi alma, que el noveno cielo es el más hermoso?

»No tengas miedo por mí, Iseult. En la felicidad suprema de ser amado por ti, olvidaré todo lo que me has contado de tu vida; y si alguna vez me lo recuerdas, eso te hará más grande á mis ojos. ¿No te debo la felicidad que te ha faltado en las más duras pruebas? Confía, pues, en mí, Iseult, en tu último ensayo para ser dichosa. ¡Ah! Esta idea me hace superior á los hombres para poder amarte como tú mereces.

»Sí, serás amada por mí, como deseabas ser amada en los días más exigentes de tu juventud, y hallarás en mi amor las felicidades

no encontradas en los pasados. Tengo el orgullo de mi inmensa pasión, y creo aventajar mucho á los corazones estériles que te han amado.

»Me has dicho que yo era más veraz y más puro.... Pues bien; no resistas al sentimiento que te arrastra, y confíésalo, cuando me perteneces por entero.

»¡Oh! Á pesar del éxtasis encontrado en tus brazos, mi felicidad, Iseult, es incompleta todavía. Tengo necesidad de ver que te confías á ti misma y á mí: que te oiga yo decir una vez: «Es verdad, Allán; tienes razón; mi compasión, por grande que fuera, no me hubiera impuesto tales sacrificios,» y nunca te pediré más; me apoyaré en ti con la mayor confianza, y gozaré siglos de indestructible felicidad.»

XIV.

LA CONDESA DE SCUDEMOR Á ALLÁN.

« Al poeta todo le sirve de lira para cantar, y vuestra carta es un canto de amor, Allán. Vuestra juventud no ha querido creer lo que yo os decía de mí misma, y os ha sido más dulce pensar que era yo la que me desconocía. Porque he obrado del mismo modo que las que aman, os habéis apresurado á proclamar que mi corazón había resucitado. ¡Ay! ¿por qué no lo habéis conseguido? Pero desgraciadamente, somos engañados con tanta frecuencia por nuestras alegrías como por nuestros desfallecimientos.

» Tal vez hubierais tenido razón, Allán, si lo que yo tenía hubiera sido sólo estar desfallecida.... El desfallecimiento guarda todavía algo de pasión: está destrozada, pero aún vive. Es un abatimiento muy cruel, lo sé, pero en su fondo se agita algo todavía. Cuando se murmura no se está desimpresionado. He conocido ya ese estado del alma, esa languidez

de una desesperación fatigada, que hace cubrirse la cabeza cuando se está decidido á morir, como lo hizo Anaxágoras en otro tiempo. He leído que Pericles llegó tarde.... y vos también, amigo mío, como Pericles, habéis equivocado la hora, puesto que hace mucho tiempo que pasó ya. No tengo nada que echar en cara á la vida; y si os he dicho que el amor me era imposible, no es que tuviera lástima de mí, es que me juzgaba tal como soy.

» Me habéis hecho demasiado grande en vuestras adoraciones exaltadas; pero yo no sé si hay mujeres cuya alma no se haya debilitado nunca para el amor; no sé si la naturaleza escogida de que han sido formadas las ha hecho tan impotentes al dolor que hayan podido sin temor abrirle generosamente sus pechos. ¡Ay!: en el corazón de la Madre de nuestro Redentor, que era todo amor, no hubo lugar más que para siete espadas; pero si existen mujeres siempre derrotadas y nunca vencidas, capaces de la dicha de ser amadas, más difícil de conseguir que la de amar; si existen, ó han existido, podéis calificarlas de sublimes, porque lo son en realidad: yo no soy de esas.

» En mí la pasión lo ha devorado todo. He resistido el impulso del destino, que me arrastraba donde he caído; he resistido mucho tiempo llorosa, destrozándome las manos al

asirme á los abrojos que festoneaban el camino recorrido y que no han podido detenerme, siéndome preciso ceder. La ola de dolores aumentaba siempre, y, por otra parte, el abismo no estaba lejos; abismo inmenso, solitario, hacia el cual tendéis los brazos para ayudarme, pero del cual no podéis hacerme salir. Desde la orilla desierta donde pretendéis alcanzarme, no llegan á mí más que vuestras lágrimas.

» Bien veis que no soy la criatura admirable que decís, la que siente un amor imperturbable que es como una virginidad nueva. Volved á tomar vuestra corona de estrellas, noble poeta, pues bien veis que no soy digna de ceñirla.

» Vos deseáis, Allán, un amor en cambio del vuestro, y no queréis en modo alguno creer en mi piedad: no comprendéis que, no amándoos, no os haya rechazado; pero es que no conocéis, amigo mío, á qué extremo llega la piedad en el corazón de las mujeres; yo también lo ignoraba, lo mismo que vos, antes de haber visto vuestros combates y vuestros desfallecimientos. Pero creedme: tiene algo del bien eterno é increíble, puesto que yo, que había comprado bastante caro el dominio que tenía sobre mí, no he podido defenderme de ese sentimiento que tanto he despreciado.... ¡ Ah! la

compasión es el amor sin la dicha que él proporciona, y esa es la razón de no ser el amor.

»Si hubieseis amado á otra que no fuera yo, Allán, á otra á quien le quedase algo de juventud en el corazón, tal vez hubiera podido satisfacer vuestros ardores. La piedad hubiera reavivado las espirantes ternuras, hubiera vuelto á abrir la fuente del llanto mal cerrada, mal enjugado aún, haciendo brotar un último encanto del seno de todas esas melancolías. *Ella* hubiera llorado por vos y por sí misma; os habría hecho que la sostuvierais, y os hubiera abrazado, como á la última columna de su templo; y vos hubierais encontrado en todas esas ternuras, que hubiesen tenido todavía algo de amor, una felicidad deseada, un rayo de sol tardío, pero más dulce, por lo mismo, en aquella arboleda de otoño, empapada en las lágrimas de un cielo afligido.

»¿ Por qué no seré yo una de esas elegidas que se desprenden lentamente de la existencia, y que se aferran á ella con sentimiento por dejarla? ¿ Por qué vuestros brazos, al ceñirse á mi cuello, no me han formado un collar de ilusiones pasadas? ¿ Por qué mi corazón, ese viejo totalmente helado, no siente la influencia ardiente de vuestro sol?... Porque en las horas en que buscáis en mi alma, á través de

mis ojos, tan destruídos como ella misma, una emoción que os consuele, una embriaguez efímera, pero que vuelve, permitiéndoos esperar con más calma, porque no siento la exaltación ó la dulzura de mi piedad. ¡ Ah! Es que en mí nada resta de lo que Dios se olvida muchas veces de arrebatarse á las mujeres desgraciadas; el alivio de un entusiasmo y hasta las lágrimas alguna vez.

»No; no podéis engañaros, Allán: no puedo dar esos abrazos en que la madre y la amante se confunden: no podría inclinarme sobre una cabeza querida para derramar en ella un torrente de lágrimas que tan felices hacen á los seres amados como á los corazones que las derraman, y que nunca deberían secarse. No soy yo, pobre amigo mío, más que una mujer sin prestigio, un genio sin aureola, y si lo que he hecho por vos ha sido un sacrificio, puedo aseguraros que no me ha reportado ni aun la alegría interior que da el cumplimiento del deber.

»Por otra parte, es un sacrificio tan insignificante, que no hubiera debido turbaros de esa manera. Todo el que no consiste en entregar algo del alma y de su felicidad, aunque se bebiera sangre como la hija que salvó á su padre, es tan imperfecto en su desinterés, que no permite el reconocimiento. ¿Qué

soy yo á vuestro lado , Allán? Yo era vieja y tan indiferente por la vida , que había retracado todas las maldiciones que en otro tiempo pronunciara contra ella, mientras que vos, tan joven, no habíais sufrido aún más que lo que involuntariamente os había yo hecho sufrir. El porvenir os tendía los brazos como á un amigo querido, y más adelante la existencia puede ser todavía dulce y bella para vos.

»¿No era mi deber, en cuanto me fuera dado, evitaros todas las agonías posibles?... ¿Había precisión de buscar algún motivo necio, con arreglo á las ideas del mundo, que oponer á esa piedad fatal?... ¿Hubiese sido generoso, por mi parte, que yo, á quien había ultrajado más de un amor, escuchase cualquier escrúpulo fútil cuando no se trataba de mí?... Mi conducta ha sido de lo más sencillo que puede encontrarse, Allán, y os suplico que no tratéis de elevarme por el sacrificio; no queráis unirne á vos por otro nuevo lazo. Mi mano no tiembla al escribir que me he entregado; pero creed con toda convicción, que, si me hubiese sido posible daros un latido del corazón ó una lágrima, hubiera hecho algo que valiera más que lo poco que he podido hacer....»

XV.

Todo el tiempo que duró la enfermedad de Allán, Camila, á quien su madre, como hemos dicho, no había permitido más que llegar á la puerta de la habitación á informarse de la salud del enfermo; Camila, decimos, había vivido en la independencia y el aislamiento más completos. La señora de Scudemor, asustada por el peligro del joven, no pensaba más que en él, y había abandonado del todo la vigilancia de su hija. No se ha reflexionado bastante en que el sentimiento maternal que procede de las entrañas, esto es, de más abajo que el corazón, perdería mucho de la santidad de su carácter si un recuerdo ó un pesar no le salvase de los instintos de la animalidad. Creedlo: si la madre es tan bella, lo debe solamente á que es un reflejo de la amante.

Felicidad pasada, penas devoradas, indemnización de una esperanza perdida, tal es la gloria misteriosa que resplandece alrededor de la cabeza de un hijo querido, estrella páli-

da que se baña eternamente en el arroyo murmurante formado por las lágrimas que corren del corazón; tal es el secreto de esas ternuras llenas de deleite, de esas miradas preñadas con todas las pasiones, y que caen impregnadas de suaves bendiciones sobre un hijo estúpido ó sobre una hija fea, como un beso de Dios sobre la naturaleza.... Pero cuando el amor, esa túnica sin costura, que envolvía dos corazones confundidos, ha destrozado hilo á hilo su frágil trama, y no queda un harapo siquiera para envolver al niño que llora, el desgraciado crece en su cuna como puede. El cordón umbilical del pasado ha sido cortado, lo mismo que el de la carne, ¡y el niño puede decir que no tiene madre! Esta vida, una en su duplicidad, estalla y se rompe de repente, y ¡cosa cruel! en esta desunión de dos existencias, no es el espacio lo que debe separarlas más adelante.

¡Pobre Camila y pobre Iseult! No había entre ellos, por lo tanto, más que relaciones exteriores; un sentimiento dulce, como todo lo que está en el límite del no ser, engendrado por la costumbre, por la idea de la debilidad del niño, lo cual constituía un deber de protección para la señora de Scudemor, pero nada de adherente é íntimo. Última negación del destino, que había rehusado á aquella mujer todo lo que le

había sido posible, excepto el corazón para sufrir.

De este modo se comprende perfectamente que no se ocupase más que de las nuevas relaciones que la imponía un sufrimiento que era causado por ella, y que había establecido entre Allán de Cynthry y la condesa de Scudemor una especie de obligación imprescindible.

Camila no había gozado jamás de una libertad semejante: nunca había podido entregarse como entonces á sus innumerables fantasías; nunca había podido perder su tiempo en una molición más perezosa, tiempo que puede decirse que es ganado cuando se ha dejado correr con tanto gusto.

Pasaba los días vagando sin objeto en el pantano y en las campiñas adyacentes que se extendían detrás del castillo, y cuando el sol calentaba demasiado, se sentaba bajo las ramas de un sauce ó á la orilla de un foso, y allí esperaba á que el calor disminuyese para continuar su paseo sin objeto. Cuando llegaba la noche no se retiraba, pues no había una voz dulce, pero con derecho á ser obedecida, que la mandase entrar en el castillo porque el rocío húmedo después de un día caluroso podía serle perjudicial, ni había una mano cariñosa que le pusiera un abrigo de lana sobre sus

hombros en el momento en que la frescura podía ser mortal.

Oveja á quien Dios medía el pienso, pájaro que no creían en la Providencia ni en sus alas, y al que el aire conducía sin oponer la menor resistencia, niño demasiado abandonado para ser confiado, porque la confianza es la voluntad que abdica, y quien se confía, sabe que lo hace, y ella no lo sabía; jugueteaba bajo el cielo, sin hacer caso ni de la nube que amenaza, ni de la noche que se acerca, ni del frío que aumenta. Respiraba á su albedrío, libre de las trabas de su educación de niña rica: como las hijas de los pobres habitantes de aquellos campos, discurría á su antojo, diferenciándose únicamente de ellas en que no llevaba los piés descalzos.

¿Pero cuál era la causa que la impedía gozar á sus anchas de una libertad tan amplia como se le concedía y tan fuera de lo habitual? ¿Habría puesto en aquel límpido horizonte algún punto negro la inquietud, por más que indudablemente fuera muy vaga, como lo es siempre la inquietud de un niño? ¿Habría caído alguna hoja siniestra desprendida del árbol de la muerte, en aquel lago de reflejos de cielo, y habría hecho arrugarse su superficie pura con alguna onda desvanecida en seguida? ¿Sería que aquella vida era tan nueva y tan dulce para

ella, que, en su soledad y en su negligencia, tenía necesidad de gozarla despacio, como un objeto que se va de entre las manos en un abrir y cerrar de ojos, y procuraba saborearla lenta y silenciosamente, para consumir poco á poco todas las delicias desconocidas que en ella encontraba?

Lo cierto es que no se la veía ya, como otras veces, saltando y corriendo, con la energía que demostraba la vida que rebosaba en ella, procurando alcanzar la mariposa que huía de ella con mil giros caprichosos, y que se deshacía entre sus dedos, y mirando después con tristeza el polvo de oro que quedaba entre ellos, como si hubiera tenido la intuición misteriosa de que aquel era el símbolo melancólico de que todas las cosas en este mundo se marchitan al tocarlas.

Es verdad que conservaba su gran afición á las flores, ese imán de las jóvenes, que tienen, como ellas, su aliento perfumado; pero ya no corría á cogerlas; y haciéndose muelle, no corría por correr: graciosa lo era siempre, pero no tenía la gracia viva y aturdida de la alondra, sino la más severa y más casta del cisne que se mece adormecido en el agua movable; y al verla andar así lenta y soñadora, ofrecía tal languidez, que se la hubiera tomado por una criatura llena de reflexión...

Cuando algún habitante de aquellos lugares, dirigiéndose hacia el Douve, atravesaba los pantanos y la encontraba en su errante aislamiento, la saludaba como si no hubiera sido una niña, llamándola gravemente «Señorita.» Unas veces era un hombre joven, alto y robusto que se dirigía á la pesca, otras un batelero viejo con la frente surcada por las arrugas que indicaban las fatigas de la víspera y los cuidados del día siguiente, y era cosa conmovedora el ver aquellos hombres rudos, acostumbrados á los trabajos de una vida difícil, descubrirse respetuosamente delante de aquella niña nacida en la ciudad, que parecía de naturaleza diferente á la suya.

Con mucha frecuencia se detenía para mirar con ojos distraídos los grupos de niños pequeños, diseminados aquí y allí en los pantanos, que enturbiaban, zambulléndose, con sus piernas desnudas, en el agua de los estanques, tibia por los rayos del sol. Todos ellos jugaban, gritando, con sus movimientos azorados y sus vestidos desgarrados: ofrecían á la mirada sus magníficos tipos de salud normanda y sus mejillas de color de escarlata.

Y era cosa curiosa el verlos callarse repentinamente á la aproximación de Camila, y seguir con admiración y con mirada curiosa á aquella niña que se había detenido un mo-

mento á contemplarlos y que estaba tan pálida, tan triste y tan sola.

¿Conocerían aquellos niños, como sus padres, que allí se encerraba una miseria distinta de la suya, y el egoísmo de la naturaleza humana hacía olvidar la envidia del pobre al rico, para no acordarse más que del respeto?